

30

Antología

Lisboa

relatos

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De sus respectivas obras © Carlos Augusto Casas, José M^a Fernández Álvarez, José G. Cordonié, Pedro Amorós, Kalton Harold Bruhl, Joaquín Leguina, Juan Vivancos Antón, Irel Faustina Bermejo, Jesús Yébenes, Álvaro Díaz Escobedo, Manuel Cortés Blanco, Juan Guerrero Sánchez, Francisco José Segovia Ramos, Olga Mínguez, Francisco Legaz, M^a Rosario Martínez y Miguel Ángel de Rus.

De la traducción de: *154, Literatura navideña y ¡María, no me mates, que soy tu madre!*
© Santiago Bergantinhos.

De la traducción de *Carta a un rehén* © Francisco Enrique León.
Del prólogo © Miguel Ángel de Rus

Marzo 2016

M.A.R. Editor

www.mareditor.com

ISBN: 978-84-944925-1-8

Depósito legal: M-3353-2016

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Impreso en España

PRÓLOGO

Conocí Lisboa poco después del triunfo de la *Revolución de los Claveles*. El 25 de abril de 1974 Portugal había demostrado que un país de hombres libres, insubordinados, soberanos, puede liberarse de un dictador si se tiene el coraje suficiente y un verdadero deseo de dejar de vivir en el más gris de los pasados. Unos años después, en el comienzo de la adolescencia, un viaje de fin de curso nos dio a conocer lo que para muchos era un ejemplo que debería haber seguido España.

A pesar de la revolución —habrían pasado cuatro años, tal vez— el país luchaba por desanclarse del pasado. En las calles, en algunos locales, podía escucharse aún la revolucionaria canción *Grândola, Vila Morena*, en la voz de José Afonso, pero se veía que pervivía la vieja sociedad en muchísimos detalles: pocas mujeres en la calle, en los establecimientos públicos, y vestidas muchas de negro, algo que sucedía igual en la España de los años sesenta; una discoteca de moda en la que apenas había mujeres, los pescadores secando sus redes en las playas cercanas a Lisboa; el plato pobre en el bar con aspecto viejo, los grupos de hombres negros —quizá de las colonias recién independizadas— mano sobre mano en la plaza, al lado del mínimo bar «Ginjinha Espinheira», en un rincón de la plaza del Rossio donde sólo se sirve un licor de cerezas artesanal elaborado por ellos: *la ginja*, que da nombre al local. Lisboa era aún, o así me lo pareció, un lugar sacado de una novela antigua de Eça de

Queiroz, poco cuidada, de fachadas que necesitaban atención, pero al mismo tiempo, uno de esos lugares de ensueño que debido a su decrepitud, su decadencia, llevaban a imaginar los tiempos de esplendor —esos tiempos siempre míticos—, las tertulias literarias, la marcha de los claveles, los cafés antiguos con esa pastelería que una vez probada ya no se puede olvidar, los lugares que habría transitado Pessoa, si es que alguna vez Pessoa llegó a saber quién era.

Después he vuelto muchas veces a la ciudad, modernizada, arreglada, con su luz peculiar, a visitar las plazas: Rossio, Comercio, Pombal, a ver el Monasterio de los Jerónimos —y no menos importante, a ver el Palacio de Mafra, más grande que el propio núcleo urbano—, a ver la Catedral, la Torre de Belém, el Monumento a los Descubrimientos, los puentes 25 de abril y Vasco de Gama, e indispensable, el Castillo de San Jorge. Pero lo mejor era siempre levantarse temprano, bajar al bar de la plaza, comprar el periódico lisboeta —la prensa siempre nos parece menos absurda en el extranjero— y acompañar la lectura con un café con leche y algún dulce portugués. En Lisboa siempre lo más importante era el entorno, no un edificio u otro, sino el ambiente, su luz, la gente que pasea, el empedrado del suelo, tan antiguo, esa *calçada* portuguesa hecha con piedras irregulares.

Pero para mí, Lisboa será siempre Amalia Rodrigues y una anécdota que muestra, mejor que cualquier otra, el alma de una ciudad. Apenas con veintitrés años y siendo periodista novato y romántico, elucubré un viaje a Lisboa con un amigo fotógrafo, Manolo. Deseábamos encontrarnos de golpe con la realidad. De aquel viaje salieron reportajes publicados en diarios madrileños y una entrevista con *la más grande*, que nunca se preparó. Después de tomar un café en «A Brasileira», junto a la escultura de Pessoa,

decidimos —ímpetus de juventud— ir a la casa de la Reina del Fado, la mujer de voz portentosa que había grabado ciento setenta discos, embajadora cultural de Portugal. No sabíamos la dirección, pero no hacía falta, estaba escrito que la encontraríamos. Preguntamos en la pensión en que nos hospedábamos —al acabar nuestra estancia quedamos con la ligera impresión de haber estado en una casa de «mala nota», quizá un hotel con pupilas, pero la inocencia salvó nuestra pureza— dónde vivía Amalia Rodríguez, y como era lógico, sabían cuál era su barrio. Incluso nos dijeron cuál era el mejor tranvía para llegar. Bajamos poco antes de la —creo recordar, quizá me equivoque— Assembleia da República, y nos metimos en una calle inclinada, empedrada y llena de anticuarios y otras tiendas de objetos viejos y memorables, de la que nos habían hablado dos personas a las que preguntamos por la casa de Amalia Rodrigues y que nos confirmaron que, efectivamente, íbamos en buena dirección. Subimos por la calle mirando las casas, hasta que vimos una que tenía que ser «la nuestra» y, lo más normal, entramos a una tienda a preguntarle a un anticuario si era allí donde vivía la autora e intérprete de *Gostava de ser quem era*, a lo que el anticuario nos respondió con toda naturalidad que era allí, que llamáramos a la puerta, que alguien habría... Llamamos y nos recibió una encantadora mujer que nos dijo que Amalia no estaba en casa. Le dijimos que éramos unos jóvenes e intrépidos periodistas españoles que queríamos conocerla y hablar con ella, y preguntamos si podíamos quedarnos a esperar. Y como era lógico nos dijeron que sí, que entráramos. Al poco tiempo llegó Amalia Rodrigues —para quienes no entiendan aún la grandeza del personaje, cien veces más importante que todas las estrellas del pop yanqui actual juntas— quien se mostró encantada de

conocernos, nos pidió que nos sentáramos en el sitio más agradable de la casa, saqué uno de aquellos viejos grabadores de la época y comenzamos a hablar de toda su vida. El que esto firma, bastante torpe en general en todos los ámbitos de la vida, pero que siempre ha sabido que a las mujeres les gustan los canallas que se saltan los límites, con sus poco más de veinte años y la posibilidad de ser puesto de patitas en la calle, le preguntó a la Diva: «¿es verdad eso que cuentan de que tuviste un romance con Ramón Franco?» y la gran Maria Amalia me contestó con una sonrisa y me respondió, pero la respuesta ahora no importa. Para colmo, este desaprensivo joven que un día fui no tuvo más ocurrencia que decirle *a la más grande* «¿no te apetecería cantarnos un fado?», a lo que ella accedió encantada y nos hizo una interpretación, a medio metro de distancia, cuyo recuerdo hace que en este momento se me erice toda la piel. Y después nos regaló otro fado más. Acabamos una velada fantástica, nos fuimos a un tugurio que nos recomendó a beber vino y escuchar fados, y nos marchamos a la cama tan tranquilos, como si algo así sucediera más de una vez en la vida.

A estas alturas, habrá quizá alguien poco poético frente a esta hoja de papel que se esté planteando: «¿A qué viene esta historia en el prólogo de un libro?». Y sólo puedo responderle: si ir a una ciudad fantástica y bellísima en su decadencia como Lisboa, preguntar por la estrella de las estrellas, (siempre en español con respuestas en portugués), que todo el mundo sepa a dónde debíamos ir, que todo el mundo nos vaya indicando con total naturalidad, que el anticuario que trabajaba casi enfrente de su casa nos diga a qué puerta debemos llamar, que nos dejen pasar sin estar ella, y que llegue la más famosa cantante de fados —y una Gloria en el sentido más estricto de la palabra— nos

acoja, nos cuente intimidades que no saldrán de aquí y que nunca fueron publicadas, y nos cante de tal modo que ya hubiera deseado disfrutar más de un jefe de Estado... Si la ciudad en la que ocurre todo esto no es magia pura, no es la ciudad de las *Mil y una noches*, la ciudad en la que los sueños se cumplen, ya no sé qué más puedo decir. Quizá no sea culpa mía —por una vez— sino falta de imaginación de quien no lo vea claro. ¿Cómo no convertirse en editor aunque sólo sea para poder publicar un día una antología de relatos sobre *Lisboa*, la fantástica ciudad que nos llevó hasta el Mito? ¿Es tan difícil comprender que nuestro encuentro fue aún mucho más complejo que el de Odiseo con la ninfa en la isla de Calipso? Para mí, la llegada de Odiseo al palacio de Alción fue menos épica, porque a él le guió Atenea, pero nuestras Atenea fueron varios ciudadanos lisboetas que no sabían que estaban siendo protagonistas de algo que supera toda comprensión. Creo que esta antología nació aquel día, en aquella calle empedrada y en cuesta, hace ya más de un cuarto de siglo. El tiempo, si es que existe, es el peor canalla.

Y aquí estamos, reviviendo aquella Lisboa, que es eterna, la que al ser destruida por el terremoto del día de Todos los Santos, hizo descreer a Voltaire de todo dios o toda bondad; la que vio su centro, el barrio del Chiado, arder de nuevo en los años ochenta del siglo pasado. Y la revivimos —porque cada lectura es una nueva vida— en las palabras de Pessoa, en las meditaciones navideñas de Eça de Queiroz, en la literatura antañona y exagerada de Camilo Castelo Branco, en la palabra de Emilia Pardo Bazán, en la carta de Antoine de Saint-Exupéry, en el recuerdo un tanto sarcástico y cariñoso de la Lisboa, antigua y señorial de Joaquín Leguina. Junto a tan inmensas firmas, un grupo de autores destacados y brillantes, nos muestran desde

la Lisboa negra y criminal a la apasionada por el fútbol, la Lisboa de la cólera de Dios y la Lisboa de las vacaciones y, por supuesto, el sonido de Lisboa. Carlos Augusto Casas, José M^a Fernández Álvarez, José G. Cordonié, Pedro Amorós, el hondureño Kalton Harold Bruhl, Juan Vivancos Antón, Irel Faustina Bermejo, Jesús Yébenes, Álvaro Díaz Escobedo, Manuel Cortés Blanco, Juan Guerrero Sánchez, Francisco José Segovia Ramos, Olga Mínguez, Francisco Legaz y Rosario Martínez nos ofrecen visiones nuevas sobre Lisboa, la ciudad que renace de sus ruinas, que renace de sus llamas, que pudo haber sido capital de España si ¡ay! Felipe II se hubiera decidido... Portugal acabó por separarse de España y Lisboa quedó como capital en el exilio. Cada autor nos muestra Lisboa desde un puente, desde un castillo, una calle o desde el río Tajo, y en cada relato vemos una Lisboa diferente, y nueva, aunque la hayamos visitados más de diez veces.

¿Cuántos enamorados no habrán escogido Lisboa para pasar su luna de miel y habrán descubierto la tremenda exageración de nombrar Hotel Mundial o bien Hotel Intercontinental a hoteles normales, incluso modestos, o el divertido despropósito de llamar *Imperial* a una minúscula cerveza que en España como mucho recibiría el nombre de *corto*? ¿Cuántos no habrán quedado sorprendidos al ver que una casa cualquiera tiene tres números, no uno sólo, a número por vano, sea puerta o ventana, y habrá visto cómo estaba en el 197 de una calle y al llegar al edificio colindante está en el 207?

La luz de Lisboa es única, todo el mundo lo sabe, y ver el atardecer desde el Castillo de San Jorge es una experiencia que ningún ser humano de debiera perder. Pero hay mucho más que conocer, que vivir, y en cada relato de *Lisboa* se ofrecen alternativas, rincones, vidas, sueños y muertes. El Tajo se llevará

todas nuestras historias al océano, y allí, nuestras historias y nuestras vidas serán nada al incorporarse a la inmensidad. Pero las historias que quedan escritas son todas inmortales. Al menos, mientras haya un alma que pueda leerlas y rescatarlas. Después... será la nada. Pero esa nada podrá sentir la satisfacción de haber cobijado algún día esa Lisboa lejana.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

CARLOS AUGUSTO CASAS

El bar de los asesinos



CARLOS AUGUSTO CASAS

(Madrid, 1971).

Periodista y escritor. Especialista en sucesos y novela negra. Ha desarrollado su carrera en medios como Diario 16, la Agencia EFE, TVE, Antena 3 y Cuatro.

Ha participado en la *Antología del relato negro II*, *Antología del relato negro III*, en la *Microantología del microrrelato II* y en la *Antología del relato negro IV Asesinatos Profilácticos*.

Ha sido publicado en la antología *Los mejores terrores en relatos*, de M.A.R. Editor.

En la actualidad dirige la colección de novela negra y criminal *Estrella negra*, de la editorial Cuadernos del Laberinto.

El presente relato resultó ganador del XIV Premio Internacional de Relato Sexto Continente, dedicado a Lisboa, organizado por Radio Exterior de España.

Cuentan en Lisboa que existe un bar entre el laberinto de calles del barrio de Madragoa que sólo permanece abierto las noches en las que el frío corta como navaja y la bruma desdibuja el rostro de la ciudad hasta transformarla en un gigantesco fantasma. Cuando las gentes honradas y pías se refugian en la cálida seguridad del hogar y las calles se vuelven asesinas. Esas noches en las que lo único que se escucha es el gozoso lamento de un fado surgiendo de una garganta aguardentosa. Esas noches en las que la ciudad blanca se transforma en negra. Nadie sabe a ciencia cierta dónde se encuentra el bar, unos dicen que en la *Rua de Esperança*, otros que en la *Rua das Madres* y hay quien asegura haberlo visto en la *Rua de Poço dos Negros*. Escuchándoles parece como si el bar se desplazara o desapareciera para surgir en otro lugar, en otra noche, en otro tiempo.

Cuentan en Lisboa que los pasos del hombre resonaban sobre los húmedos adoquines, como aplausos macabros ovacionando su crimen. Escapaba sintiendo las manos aún embebidas en el líquido denso que acababa de liberar irreversiblemente. Sin embargo ante sus ojos siempre se presentaban limpias, falsamente inmaculadas. Porque el hombre sabía que estaban manchadas. Ya siempre estarían manchadas. Buscando por encima a su perseguidor invisible, corría por las calles, desiertas a esas horas de la noche, huyendo de lo que acababa de hacer. La mirada del remordimiento hiriendo su espalda, dedos que se alzaban a su paso señalando su estampa, lenguas escupiendo su nombre como pedazos de fruta podrida. Pero cuando detenía su marcha para volverse bruscamente se encontraba solo; con esa sensación